

chorros de agua que levantan tantos peces que cazan ó que son perseguidos, y los chasquidos que producen al volver á caer al mar, unidos al movimiento que imprime el viento á la superficie, forman un conjunto por demás curioso. Pasma ver la multitud de peces voladores que caen víctimas de los bonitos, de lo cual saben aprovecharse los marineros para coger á estos últimos colgando sobre el agua un pedazo de corcho cubierto de papel reluciente y de plumas, lo que le da una lejana semejanza con el pez volador, sobre todo cuando el buque navega de prisa. Al divisarlo los bonitos saltan hasta un metro fuera del agua, y siempre queda alguno cogido del anzuelo oculto.» Algunos naturalistas dicen que la carne es seca y sosa, y á veces hasta venenosa; pero lo cierto es que en España se hace bastante consumo de ella, sin que tengamos noticia de que haya producido perniciosos efectos, y que en nuestras fábricas de salazón y de conservas se beneficia la carne de bonito, que tiene bastante salida y aun se paga más cara que la del atún.

En muchos puertos del Océano y hasta del Mediterráneo, se da al ceo (*Zeus faber*) el nombre de *pez de San Pedro*, suponiendo que debiera ser un individuo de esta especie el que San Pedro sacó del mar, por orden de Jesucristo, y en cuya boca encontró un dinero para pagar el tributo; añadiéndose que la marca de los dedos del apóstol se comunicó después á toda la especie, consistiendo en la mancha negra que tiene en sus costados. Esta especie tiene además una infinidad de denominaciones, debido tal vez á ser muy conocida de todos los pueblos de las costas que habita por su tamaño bastante grande, su forma grotesca y color poco común.

Es un pez de alta mar, que no da lugar á una pesca expresa por la circunstancia de no vivir en numerosos grupos; dicese que cuando se le coge emite una especie de gruñido semejante al de los triglas.

Esto es lo único que sabemos acerca del género de vida de este pescado.

El caranga (*Caranx trachurus*), llamado *escribano* ó *chicorro* en nuestras costas de Galicia, y *sorell*, *xurel* ó *jurel* en las del Mediterráneo, se asemeja mucho á la caballa ó *barat* por tener su cuerpo en forma de huso, más alto y abultado en el centro, la cabeza un poco puntiaguda, y la cola muy adelgazada antes del desarrollo de la caudal. A pesar de ser un pez bastante conocido, son tan escasas las noticias que tenemos acerca de su género de vida y tan concisos los autores, atentos únicamente á clasificar las diferentes especies, que no podemos hacer la menor indicación con respecto á este punto.

El pez espada (*Xiphias gladius*) es habitante del Mediterráneo, encontrándosele particularmente en las costas de Sicilia. Dicese que se le ve siempre en compañía de otro, suponiéndolos macho y hembra. Nada se sabe sobre la relación que existe entre los dos sexos, y en cuanto á la reproducción lo único de que se tiene noticia es de que las hembras desovan en julio y que su multiplicación parece ser considerable. Mucho se ha escrito desde la antigüedad acerca de los hábitos feroces de este pez; pero los observadores modernos concuerdan en considerar al pez-espada en general como un animal inofensivo y tímido; sin embargo, á consecuencia de los tormentos que le causan multitud de parásitos, tiene accesos extraños de furia y de destrucción que le hacen cometer positivamente todas las ferocidades que se le atribuyen, ya que es del todo imposible que la codicia y el hambre le hagan acometer á otros animales marinos, peligrosos ó inofensivos, conforme consta que lo hace.

Lo que sí parece averiguado es que persigue á los atunes, y así lo confirma el excelente observador Bennett. «Es muy frecuente, dice, ver apiñarse los atunes alrededor del buque como si acudiesen á buscar allí un refugio contra los ataques

de su mayor enemigo, el pez espada, que cabalmente aprovecha esta circunstancia para precipitarse sobre ellos y atravesar gran número de individuos. No hay duda que es un enemigo terrible de todos los atunes y de sus afines, no siendo en modo alguno raro ver cómo los atraviesa con su espada uno tras otro.»

También es cosa probada que el pez espada traspasa animales grandes y hasta personas con su terrible arma, pues entre otros casos cuenta Daniel el de un hombre que se estaba bañando en el río Severn, no lejos de Wórcester, y que no sólo fué atravesado de parte á parte por un pez-espada, sino que éste fué cogido inmediatamente después de haber cometido su crimen, por manera que quedó disipada toda duda.

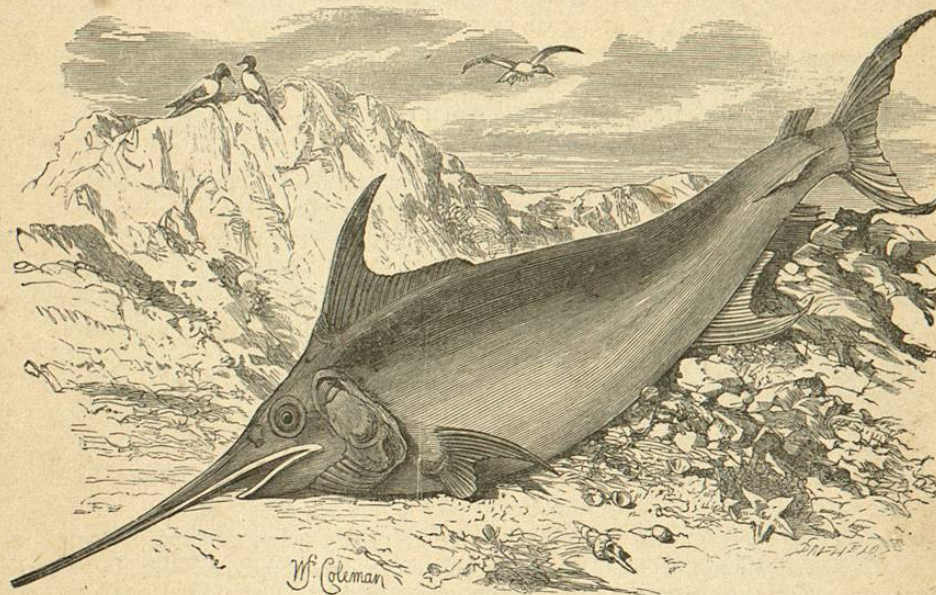


Fig. 951. - Pez-espada.

Muchas embarcaciones han sido taladradas por peces-espada, y en varios museos, el de Madrid entre otros, se enseñan tablas con el arma del pez hincada en ellas. Cuando se hubo de recomponer el buque de guerra *Leopardo*, en el año 1725, se encontró en una tabla del costado la espada rota de uno de estos animales, que había atravesado además de la tabla, de una pulgada de grueso, un poste de ocho y una cuaderna de diez centímetros de espesor; y en un buque que había vuelto del Pacífico se descubrió otra espada de tan temible monstruo que no solamente había traspasado la tablazón, de ocho centímetros de grueso, sino también una cuaderna de treinta centímetros y además el fondo de un barril de brea. El peligro que causaría un golpe de tal fuerza si el pez pudiera sacar su arma, lo que por fortuna parece serle imposible, equivaldría poco más ó menos al que causaría en el casco una embestida contra un arrecife; y en efecto, la sacudida que el barco recibe de tan tremenda arma es análoga á una de aquéllas. Como siempre se ha encontrado el arma rota, puede admitirse que tan furioso animal paga estos ataques con su vida. No sucede lo mismo cuando se ensaña con barcas de pescar, pues

dicen que existen casos en que se ha probado judicialmente que había sido el pez-espada la causa del naufragio.

La rémora austral (*Echeneis naucrates*) habita el Atlántico y el Pacífico, y ofrece la particularidad de que mediante el disco que llevan en la cabeza se adhieren á los cascos de los buques, á los tiburones y alguna vez á las rocas y á las piedras. Es raro ver un tiburón sin estos parásitos; en cambio, á veces están literalmente cubiertos de ellos. Probablemente les facilita su rugosa piel la adherencia y su movilidad la ocasión de pescar continuamente en nuevos sitios. Adheridos, ya sea á tiburones, ya á los buques, hacen largos viajes, y como los pilotos, pasan de este modo á mares que les son en realidad extraños, lo que explica por qué la rémora figura también entre los peces de Inglaterra siendo más bien del Mediterráneo, pues no de otra manera se comprende su extraordinaria dispersión. Por lo demás, no se ha podido todavía averiguar satisfactoriamente la causa que las mueve á adherirse á buques y tiburones. Se comprende que se adhieran á ciertos objetos por la razón de que todo animal sabe hacer el uso más conveniente de las dotes que la naturaleza le ha concedido; pero difícil es decir por qué hacen lo propio con objetos móviles, pues la razón que se da de que así suplen su poca habilidad en el andar, es una mera suposición que no se ha demostrado todavía, por más que sea probable. Kittlitz dice acerca de ellas: «Mientras que la parte superior de la cabeza está adherida, las mandíbulas guardan suficiente libertad para coger los objetos pequeños de que se alimentan y que pasan á su alcance, para lo cual están perfectamente adaptadas. El cuerpo de las rémoras parece en cierto modo invertido: su vientre se asemeja al dorso de otros peces, pues no sólo forma como un lomo, sino que su color es más obscuro que la parte superior del cuerpo, la cual suele estar siempre adherida á otros cuerpos, siendo tal el instinto del pez en este punto que casi nunca se puede ver su dorso por tenerlo constantemente unido á otra cosa mientras el animal vive; en términos de que hasta se adhiere á una vasija llena de agua de mar, es decir, con la espalda hacia abajo y el vientre hacia arriba, en cuya posición invertida permanece muy tranquilo.»

Parece que las rémoras pasan toda su vida en esta posición, acaso con insignificantes interrupciones, siendo tan grande la fuerza de su órgano chupador que hasta después de muertas continúan íntimamente pegadas á cualquier objeto. El modo de adherirse se explica con facilidad, porque su disco obra, no precisamente como una ventosa, aunque sí de un modo semejante. Para ello bajan las hojitas del borde del disco, que se pone llano; y apretando entonces la superficie lisa contra el objeto al que quieren adherirse, y levantando otra vez las hojitas y el borde, resulta un hueco que hace que la presión del agua exterior produzca el efecto de adherencia. No son tan torpes para nadar como pudiera creerse, si bien los movimientos que producen exclusivamente con la aleta caudal parecen pesados y torpes. A veces se las ve nadar delante ó al lado de un tiburón ó alrededor de un buque con bastante rapidez y destreza. No es fácil confundirlas con otros peces, porque hasta nadando parece que se mantienen con el vientre arriba y el dorso abajo. Cuando el cocinero del buque arroja al mar las aguas sucias de la cocina, se desprenden las rémoras á docenas del buque al que están adheridas, y surcan las olas culebreando para aprovechar las gotas de grasa que pueden alcanzar. También se las puede hacer abandonar su puesto y cogerlas con un anzuelo cebado con tocino. Su robusta dentadura indica su naturaleza rapaz, aunque Bennett no encontró en su estómago más que crustáceos y conchas pequeñas. Cuando han cogido una presa, vuelven á su sitio, quedando al momento tan fuertemente adheridas como antes. Cuando se coge el

tiburón al que están pegadas, se desprenden de él y se unen al buque, no bien sale del agua el cuerpo del monstruo al izarlo á bordo; pero también puede suceder lo contrario, según observó Kittlitz, porque las vió «tan adheridas á un tiburón cuando ya estaba suspendido en el aire, que fué menester arrancarlas á la fuerza.»

Nada de fijo se sabe respecto de su reproducción; Bennett sólo dice que son vivíparas según se cree.

La mayor parte de los navegantes se resisten á comer rémoras á causa de su pobre apariencia, pero los que no se dejan dominar por esta preocupación están acordes en que no tienen mal gusto, y algunos, de cuya opinión participa también Bennett, dicen que son muy sabrosas.

La mayoría de los góbidos vive en el mar; pocos habitan constantemente los ríos ó en general las aguas dulces; prefieren fondos pedregosos, donde se alojan en los

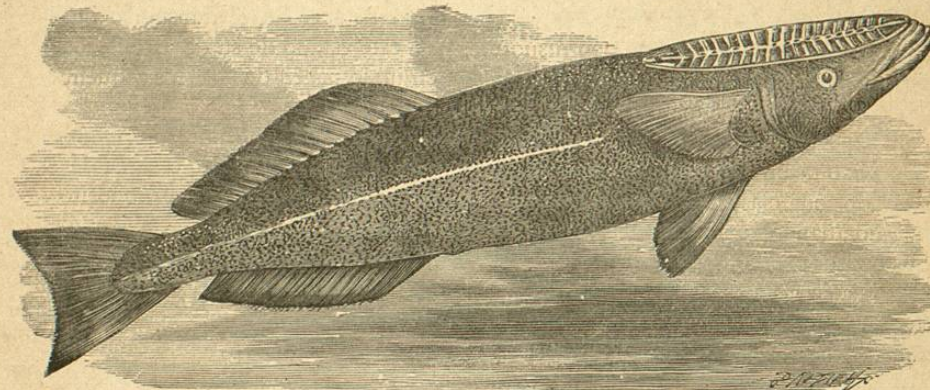


Fig. 952. - Rémora.

huecos, cazando gusanos y crustáceos, pero comen también freza y algas; viven en sociedad y vuelven á reunirse cuando á consecuencia de algún susto se han desbandado de pronto, para huir juntos. Nadan con gran destreza, y también saben moverse con agilidad sobre fondo cenagoso, sirviéndose de sus aletas pectorales á guisa de piernas. Pueden subsistir horas y días fuera del agua, y es hasta posible que puedan respirar el aire atmosférico directamente. Se multiplican mucho, siendo notable su reproducción por tomar gran parte los machos en la incubación, especialmente en la custodia de las huevas. Son de escasa importancia para la economía doméstica, primero porque su pesca es difícil atendido su género de vida, y después porque su carne no es apreciada, siendo muy pocas las especies que se consideran como comestibles.

El gobio (*Gobius niger*) vive exclusivamente en fondos peñascosos, donde permanece simplemente echado sin adherirse á ellos. Le gustan las desembocaduras de los ríos, pero no pasa, según parece, al agua dulce. Se alimenta de pequeños crustáceos, de toda especie de gusanos y otras cosas por el estilo. Couch dice que atisba sus presas desde un escondrijo, adonde vuelve puntualmente con su botín para devorarlo. Desova en mayo ó junio. Abandonando entonces las peñas que habita, se traslada á la costa, donde escoge los sitios poblados de algas para cavarse allí una vivienda profunda y espaciosa, cuya bóveda la forman raíces de plantas acuáticas, según observó Olivi, y allí deposita sus huevos. El macho es, como en los

gasterósteos, el arquitecto y el guardián; plantado á la entrada del nido atisba las hembras que buscan donde desovar y las atrae, dejándoles libre la entrada; y luego que una ha penetrado para depositar su freza, entra él á fecundarla y después sigue allí cosa de dos meses como fiel guardador de la cría confiada á su cuidado, que defiende heroicamente contra todos los enemigos. Durante este tiempo enflaquece visiblemente y parece ya completamente exhausto cuando la cría se halla en estado de abandonar la morada paterna y le releva de sus cuidados. Cuando la concurrencia de las hembras es grande, ensancha el macho la vivienda y aumenta el número de salidas; en caso contrario abandona el nido para construir otro en sitio más á propósito.

El gobio de río (*Gobius fluviatilis*) es en los lagos, ríos y canales de Italia un pez muy común. También vive por lo común oculto entre las piedras mientras no se le inquieta, ó le haga salir de su escondrijo alguna presa; la hembra aglutina allí sus huevas, pero el macho no las custodia, según parece. En el transcurso de la incubación cambian su forma en fusiforme, y en este estado de su desarrollo flotan aglomeradas libremente en el agua hasta que en junio nacen de ellas los pequeñuelos. Su carne tiene fama de sabrosa.

Couch y otros naturalistas han observado que el calionimo lira (*Callyonimus lyra*) habita en las aguas profundas, donde suele vivir en el fondo ó cerca de él cazando toda clase de animalejos que acecha desde un punto elegido á propósito y que no abandona sino con la rapidez del rayo, sin alejarse mucho y volviendo al mismo por poco que pueda. Acecha desde su puesto favorito á manera de gato; nada escapa á su vista; se precipita rápidamente sobre su presa; pero no la ataca de frente cuando no puede sorprenderla, asemejándose también en esto á los gatos. Se alimenta con preferencia, cuando no exclusivamente, de conchas y otros moluscos, y también de gusanos, sirviendo á su vez de alimento á peces mayores y más fuertes que él. Ninguna noticia se tiene respecto á su reproducción.

Su pesca viene á ser más bien efecto de la casualidad, porque este pez apenas muerde el cebo, de suerte que cuando se le coge es en la red barredera. Su carne es blanca y sabrosa, pero esto no impide que este pez carezca de importancia, cuando menos en los mares septentrionales.

Los ciclópteros son peces de forma extraña y tosca, que se distinguen principalmente por tener un disco grande, hendido en ambos costados y formado por las aletas abdominales insertas alrededor de la pelvis. El discobolo ciclóptero (*Cyclopterus lumpus*) es pez mal nadador y poco movable; cuando quiere mudar de sitio lo hace con lentitud y meneando su cola, que es bastante débil, por cuya razón prefiere permanecer adherido á las peñas y piedras por medio de su aleta abdominal que le sirve de ventosa, aguardando así sus presas. La adherencia entre su disco y los objetos extraños es muy grande, y Hannon ha calculado que para arrancar de su puesto á un discobolo de veinte centímetros de largo, se necesitaba una fuerza de treinta y seis kilogramos. Pennant dice que al coger uno de estos peces que se había adherido al fondo de un cubo lleno de agua, alzaron con él el cubo y el agua sin que se desprendiera del fondo. Otro individuo que se cogió tenía pegada á la frente una rama de alga que crecía allí como adherida á otro objeto cualquiera, por lo cual se suponía que el pez debía haber estado inmóvil en un mismo sitio días y semanas aguardando que las hidras y pececillos de que se alimenta penetraran por sí mismos en su boca.

En cautividad se adhieren en seguida á un sitio del acuario que les parece á propósito, aunque sea al cristal más liso, donde permanecen horas y horas sin mo-

ver otra cosa que sus agallas; pero cuando se les echa su ración se deciden á abandonar su puesto. En viveros pescan la carne y los gusanos, pero casi nunca hacen caso de los pececillos.

Hacia el mes de marzo cambia el discobolo de color y de costumbres; aquél pasa á rojizo, y el pez abandona su habitación para buscar en las costas sitios de poca agua y á propósito para deponer su freza. Fabricius dice que estos peces acuden á las calas y ensenadas peñascosas de Groenlandia á fines de abril ó principios de mayo, presentándose primero las hembras é inmediatamente después los machos; aquéllas desovan entre las algas más grandes, especialmente en las grietas de las peñas, pasando luego los machos á fecundar las huevas y á establecerse, ya sobre ellas ó ya á su lado. La freza de una hembra de tres kilogramos de peso pesaba un kilogramo, y como el tamaño de la hueva es como un perdigón, resulta que toda

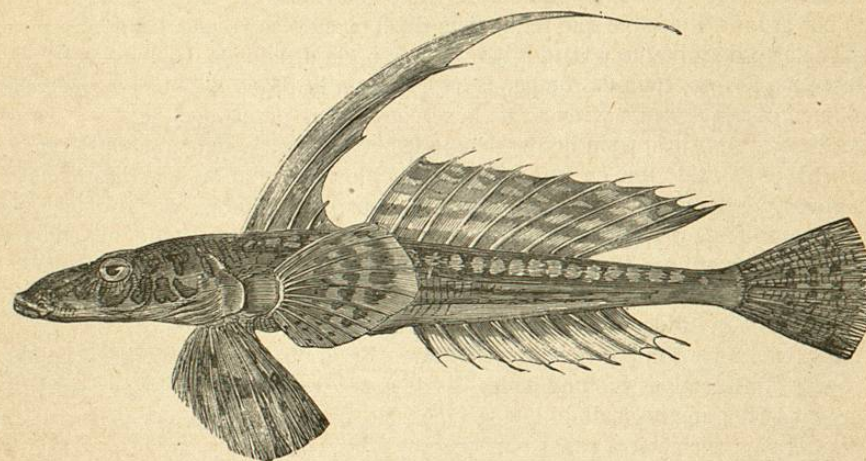


Fig. 953. — Calionimo lira.

la cantidad ha de evaluarse por cientos de miles. Fabricius dice que el macho custodia las huevas con gran fidelidad, dando pruebas de verdadero heroísmo, pues ataca al terrible lobo marino, al que asesta golpes mortales, llevado de su amor paternal. Los blénidos son peces muy rapaces, algunas especies hasta malignas, mordedoras y por ende temidas de los pescadores. Se alimentan de otros peces y de toda clase de invertebrados marinos, especialmente de gusanos y moluscos.

Varias especies de blénidos, no todas, son vivíparas; otras construyen un nido y cuidan solícitas las huevas. De esto parece resultar que en las primeras ha de tener lugar la fecundación dentro del cuerpo, quizás por medio de un coito, á cuyo acto concurren tal vez los apéndices mencionados junto al extremo de los conductos seminales. No se sabe todavía cómo se juntan los dos sexos, y en particular cómo se comporta la hembra. Algunos naturalistas opinan con cierta razón que las hembras de los blénidos se fecundan como las salamanquesas de agua; es decir, que el macho suelta la lechada en el agua y allí es absorbida por las partes sexuales de la hembra. Se multiplican rápida y considerablemente, pues en algunas hembras se han encontrado hasta trescientos pequeñuelos. Otras especies hay que desovan del modo usual, pero el aumento de su coloración exterior en esta época demuestra que el acto de la reproducción ejerce en ellos una influencia notable.

Su género de vida es á poca diferencia el mismo que el de los discobolos y

góbidos; también se mantienen en grupos ó pequeñas bandadas sobre fondos peñascosos; pueden quedarse en seco en las mareas bajas, y les gusta ocultarse entre las rocas, donde acechan y se precipitan súbitamente sobre sus presas, etc. Las especies mayores, cuya carne es blanca y agradable, son objeto de pesca.

Conforme á la índole de la familia, el lobo trepador (*Annarhicas lupus*) habita los fondos, y con preferencia los peñascosos, acechando oculto en sus grietas sus presas ó bien las arranca de las piedras, porque se alimenta principalmente de crustáceos y mariscos, cuyas conchas quebrantan fácilmente sus terribles dientes. Es probable que persiga también peces, porque nada con bastante velocidad, si bien serpenteando, para alcanzarlos. Durante el invierno habita los fondos á gran profundidad, en mayo y junio se aproxima á las costas para desovar, y algunos meses más tarde se ven sus pequeñuelos en bastante número entre las algas.

No se ha dado á este pez su nombre de lobo á causa de sus terribles dientes, sino por la furia indecible que se apodera de él cuando se ve amenazado. Su mirada tiene algo de protervo y traidor, y su índole no la desmiente. Cuando se le coge parece loco furioso, trata de romper la red, y muerde todos los objetos que se le presentan con la destreza y rencor de la serpiente. Los pescadores se abstienen de cogerlo con las manos, y sin perder tiempo le rematan con el remo ó el arpón luego que ven que ha caído uno en la red. No haciéndolo así vive el lobo marino muchísimas horas meneándose y brincando dentro de la barca, porque puede también pasar largo tiempo fuera del agua y conserva su índole rabiosa hasta el último aliento.

El blenia mariposa (*Blenia ocellatus*) y el zoarce vivíparo (*Zoarces viviparus*) observan las mismas costumbres que las especies afines, y como tienen poca importancia para la industria pesquera, no merecen una detenida descripción.

Los teniónidos son peces sumamente raros, de lo cual puede inferirse que han de vivir á considerables profundidades. Es de suponer que habitan todos los mares y que son más numerosos de lo que se cree, sólo que no abandonan sus regiones profundas para acercarse á capas superiores y á las costas sino en el tiempo de la freza. Es muy raro que se coja algún individuo de esta familia, y más raro que llegue á manos del naturalista; por cuya razón sólo se han podido examinar pocas especies y éstas muy imperfectamente, por lo cual ignoramos las diferentes fases de su desarrollo y sus costumbres.

El pez-viruta (*Trachipterus falx*), que hasta ahora se ha visto en mares septentrionales, se halla representado en el Mediterráneo por especies muy afines. Se supone que también habita las grandes profundidades y que sólo por casualidad se acerca á las costas, con preferencia donde hay playas arenosas. A veces el mar arroja uno ú otro á la costa, sobre todo á las de Islandia y Escandinavia, pero aun allí es este pez considerado siempre como una rareza. Olaffen dice que los islandeses le tienen por venenoso, por haber observado que los cuervos no le comen. Lo que es muy particular en este animal es su cualidad de quebrarse con extraordinaria facilidad; pues el mismo pez puede con un esfuerzo de sus músculos reducirse á pedazos como la víbora vidriosa, y los radios de sus aletas parecen más bien formados de vidrio muy friable que no de cartílagos.

El cépola rojizo (*Cepola rubescens*) se coge todo el año, y á menudo en número bastante regular, en el Mediterráneo y en las costas del Atlántico hasta las aguas inglesas, mas á pesar de esto sabemos muy poco acerca de su género de vida. Se dice que vive constantemente en compañía de anguilas de mar, que se alimenta de crustáceos y de anémonas marinas, y que desova en la primavera y en la costa. A pesar de lo poco sabroso de su carne, acaso se utilizaría este pez singular para ali-

mento del hombre si no fuera tan sumamente delgado que en realidad no vale el trabajo de prepararlo.

Los mугílidos no sólo viven en las aguas saladas de las ensenadas poco profundas, calas, puertos y otros sitios de las costas, sino también en las aguas dulces cuando comunican con el mar. Suelen reunirse en bandadas en compañía de los salmonetes y otras especies inofensivas, acercarse con las mareas altas á la orilla y volverse con las bajas al mar, de lo que se desprende que buscan siempre sitios de poca agua donde sus enemigos naturales, los peces de rapiña, no pueden seguirlos. No se atreven á pasar á alta mar ni bajan jamás á capas profundas cuando se ven obligados á abandonar las aguas bajas, donde se encuentran decididamente más á

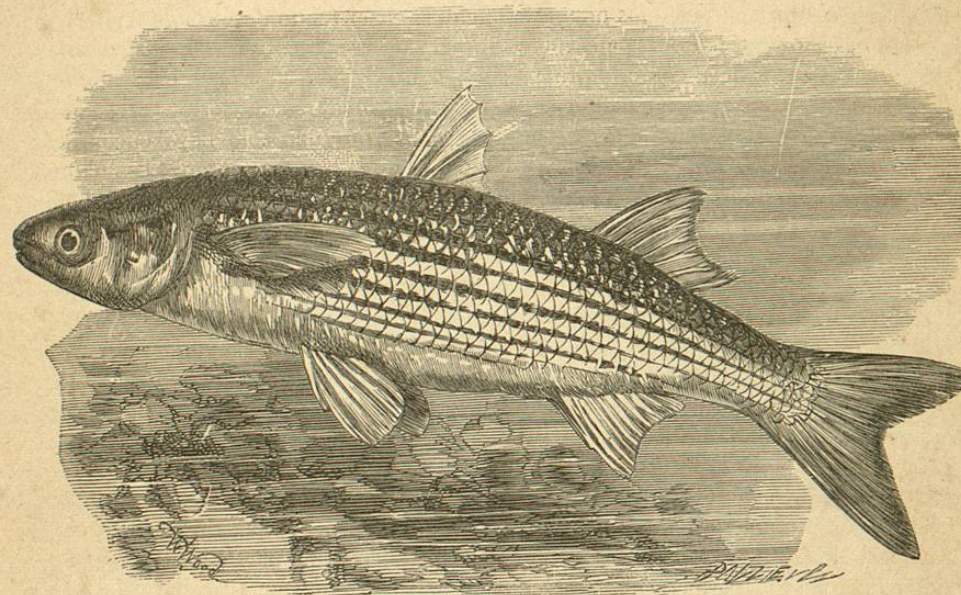


Fig. 954. - Mújol ó lisa.

su gusto, porque se les ve allí jugar y saltar á veces fuera del agua cruzando distancias regulares. Su alimento consiste en fango y arena, ó mejor dicho, en las materias animales y vegetales que éstos contienen, por cuya razón suelen reunirse en gran número donde algún arroyo turbio desemboca en el mar. Revuelven el fondo á manera de las carpas, manteniéndose en posición horizontal.

Antes de empezar la freza se les ve en grandes bandadas en los sitios que frecuentan; pero después sólo en grupos pequeños de ocho ó diez individuos. Su carne es buena tanto fresca como salada. La pesca exige mucha práctica y redes especiales, porque los mújoles suelen saltar por encima de las redes ordinarias que son tan fatales para otros peces. Además del hombre los persiguen todos los peces de rapiña y diferentes parásitos.

El caramel (*Atherina hepsetus*) vive en bandadas incalculables en el Atlántico y Mediterráneo, así como en el mar Negro y Caspio. En todas sus costas, bahías, puertos y marismas se presentan dichas bandadas que literalmente llenan trechos de muchísimos metros de superficie, y miles de millones sirven de alimento al hom-

bre, á las gaviotas y á otras aves marítimas, á los patos, y por supuesto, á otros peces de rapiña. Tan grandes son las masas que presentan, que los antiguos creían que estos peces nacían espontáneamente. Los pequeñuelos, que luego de haber salido del huevo nadan y forman ya bandadas, se pescan simplemente con cubos que se llenan de ellos como si fuese de agua, de suerte que además de servir de alimento al hombre y formar un plato favorito en los países que bordean el Mediterráneo, se les destina también para engordar cerdos. Cuando adultos, se les emplea como cebo y mucho más para alimento de los habitantes de la costa que los comen, ya frescos, ya salados, ya en conserva en latas, y los consideran como manjar excelente.

El mújol ó lisa (*Mugil cephalus*) no se aleja mucho de la costa, porque le gustan los sitios de poca agua y más cuando el tiempo es hermoso y hace calor; entonces se ven fácilmente los hoyuelos que deja en el fondo después de registrarlo. A veces sube por los ríos, pero vuelve al mar con la marea baja. Este pez no deja de tener inteligencia, como lo prueba su vigilancia y la destreza con que sabe huir de los peligros; tan luego como se ve cogido en una red de jorro, apresúrase á volver atrás y salta por encima de una red; basta que uno solo haya encontrado medio de escaparse para que le sigan todos, y estos brincos son una cosa natural en ellos, porque los dan ya cuando todavía son pequeñitos. Couch mismo vió cómo un mújol saltó repetidas veces en el vivero por encima de una separación que sobresalía 0m,03 de la superficie.

Es muy frecuente que los mújoles pasen del mar á un estanque ó marisma grande, como las hay en las costas de Cornualles, que comunican con el mar; y no bien los mayores han descubierto el camino, les siguen los otros, repitiéndose estas visitas con regularidad; pero cuando el mar se retira y la comunicación se cierra por medio de alguna compuerta, se observa que quedan instantáneamente sobrecogidos de terror; registran ansiosos toda la orilla, su inquietud crece, y hasta prueban á saltar por encima del dique, lo cual causa la muerte de gran número de ellos; lo propio hacen cuando se ven cogidos en una red, y después de haber escapado algunos, se impide la huída de los demás; entonces inspeccionan cada malla y cada pliegue de la red que llega hasta el fondo; retroceden como para embestir mejor, y procuran en su desesperación atravesar las mallas, con lo cual acaban por enredarse completamente en ellas.

Su alimento predilecto son sustancias blandas y grasas, y mucho más si están ya en descomposición. Como lo sacan casi todo del fondo, se puede inferir que el sentido del tacto ha de estar muy desarrollado en sus labios. Couch opina que los mújoles son los únicos peces que escogen para su alimento animales muertos, y cuando se tragan algún anélido es una pura excepción.

La carne del mújol ó lisa es tierna, grasa y de gusto delicado, aunque algunas veces tiene sabor de fango; con las huevas prensadas, saladas y secas se hace una especie de cabial, al que se da el nombre de *botarga*. Para prepararlos se abre el pescado y se le retiran los ovarios con los huevos; cúbreseles luego de sal y se les deja cuatro ó cinco horas, después de lo cual se les exprime entre dos planchas para extraerles el agua que contengan: se lavan después con una ligera salmuera, teniéndolos expuestos al sol durante quince días y poniéndolos á cubierto durante las noches. Este manjar se come sazonado con aceite y limón.

Los laberínticos pertenecen al mundo antiguo, habiéndose encontrado hasta ahora más especialmente en la India, en los países limítrofes y en el Africa meridional, siendo probable que también se hallen representados en el Africa central.

Una de las especies de esta familia, el anabas senal (*Anabas scandens*), que ha-

bita en la India, se permite el capricho de salir del agua, no volando, sino arrastrándose, y aun según ciertas afirmaciones de antiguos observadores, trepando por el tronco de una palmera para beber el vino de este árbol. Los modernos no han visto nada que confirme el segundo extremo, pero según las investigaciones de algunos, entre ellos Tennent, sabemos que los anabas tienen la costumbre de salir del agua cuando ésta escasea y enterrarse en el fango.

Antes de hacerlo habrán buscado agua, ó quizás, renunciando desde luego á encontrarla, se habrán introducido en el fondo en busca de humedad, taladrándolo con el hocico. De los datos que pudo recoger Tennent resulta que se meten hasta medio metro y aún más en el fondo, según sea su consistencia. La capa superior se

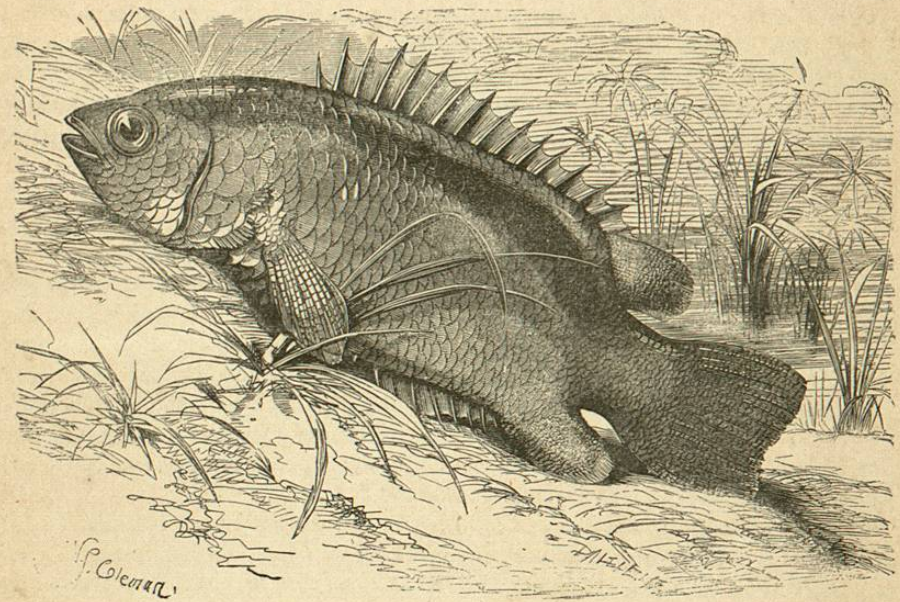


Fig. 955. - Anabas senal.

agrieta por la desecación, y se pone tan seca y quebradiza que se reduce á polvo cuando se la toca; pero á la profundidad en que están los peces hay siempre alguna humedad, aunque ni ésta les es indispensable para conservar su vitalidad.

La gente del país, que conoce muy bien esta costumbre del pez, va á los estanques cuando están secos y cava en los puntos más hondos, por manera que realmente pesca con el azadón en lugar de red, y la pesca no es menos abundante por esto. Los peces están aletargados, pero al notarse libres de su envoltura empiezan á moverse en seguida.

Así se explica por qué los ceilaneses se apresuran á ir á pescar luego que ha caído la primera lluvia, y á las pocas horas ó cuando más á los pocos días de haberse llenado de agua las balsas y estanques, sirviéndose de un cesto de mimbres sin fondo que introducen á manera de tubo con sus puntas salientes en el agua, y cogen con las manos los peces que pueden entrar en él desde el fondo, repitiendo esta operación á medida que van avanzando por el agua. Buchanán ya dijo que los peces laberínticos pueden conservarse vivos cinco ó seis días en vasijas vacías, por